

RAYMOND CARR

## REFLEXIONES

### SOBRE LA HISTORIA DE ESPAÑA

*Discurso inaugural de los cursos 1987 de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, escrito originalmente en español por el autor.*

Majestad, Señor Rector, Señoras, Señores:

**Q**UISIÉRA AGRADecer al Señor Rector de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo el honor que tengo de pronunciar la lección inaugural del curso 1987. Desde hace tiempo he venido siguiendo con interés las actividades de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo y su contribución a la apertura intelectual y académica y es un privilegio para mí estar hoy aquí.

Lo que voy a intentar hacer hoy son unas Reflexiones sobre la Historia de España. Estas reflexiones tratarán dos aspectos.

Primero, el interés por la historia de España fuera del país mismo, en particular en Inglaterra. Segundo, algunas observaciones sobre la historia escrita por los españoles.

Es claro que el interés por la historia de un país es un reflejo de la visión más generalizada que, la élite intelectual, política y social tiene de dicho país, y también un reflejo de la importancia del mismo en la escena internacional. Se puede tomar como índice de este interés el turismo —no el turismo de masas que solamente busca playas, sino lo que podríamos llamar turismo inteligente.

Durante el siglo dieciocho, el Siglo de las Luces, la visión generalizada en Inglaterra, país protestante, era francamente negativa: la Leyenda Negra, el país de la Inquisición. Olavide, representante de las Luces en España, pero víctima del Santo Oficio. Como consecuencia de esta visión negativa había pocos viajeros que fueran a España en la época del "Grand Tour", cuando Italia, Alemania e incluso Suiza eran inundadas por millares de ingleses en busca de cuadros, esculturas y antigüedades, y que, a su regreso, escribirían libros describiendo los países que habían visitado.

Solo dos ingleses hicieron un viaje a España en el siglo dieciocho: Swinburne y Townshend. Desgraciadamente, no llegaron a Santander. Ya se puede notar en sus libros la obsesión de los extranjeros por Andalucía, vista como la región con más historia, la región que en cierto sentido sería para ellos la esencia

de España. Una obsesión por la España de los moros, reflejada en libros populares —como el de Washington Irving, quizás el libro sobre España más leído durante el siglo XIX.

Townshend compartió la imagen negativa protestante. Es verdad, dice, que los inquisidores resultaban simpáticos y amenos en su conversación, pero, añade, "tenemos que lamentar que las tinieblas sigan prevaleciendo en España con los últimos vestigios del poder de la Inquisición".

Dado el poder de este estereotipo negativo, sorprende hoy saber que uno de los libros más populares en los últimos años del siglo fuera la historia de Carlos Quinto, de William Robertson, un libro admirado por Voltaire y leído por Catalina de Rusia, de quien el autor recibió una tabaquera de oro y diamantes. Además, su editor le dió 250,000 dólares como anticipo, una cantidad que un historiador de hoy en día desgraciadamente no puede esperar recibir.

Tolerante y liberal, Robertson fue muy criticado por los protestantes por su empatía con España. A pesar de eso nunca visitó el país, recibiendo apuntes bibliográficos del capellán de nuestra embajada en Madrid.

El libro de Robertson, que trataba a Carlos Quinto más como estadista europeo que como rey de España, fue un éxito excepcional que no se podía repetir.

Pero el libro no despertó en Inglaterra un interés serio por las cosas de España.

Lo que realmente despertó ese interés fue la Guerra de la Independencia y, más tarde, las Guerras Carlistas. No fue solamente el hecho de que España, como ocurrió durante la Guerra Civil, ocupara un lugar importante en la política europea de la época, sino que un gran número de ingleses y franceses, que habían luchado en España, después de la guerra sintieron deseos de conocer y visitar el país que había sido escena de sus actividades civiles y militares.

Se publicaron entonces un gran número de libros, como el de Ford. Pero este despertar del interés ocurrió en un momento inoportuno. Era la época del despotismo reaccionario de Fernando VII en España, de las guerras carlistas y, también, la época del auge y del dominio del romanticismo en Europa.

La conjunción de estos dos factores creó una imagen de España que persistiría por mucho tiempo. La imagen de un país políticamente retrasado, creada

por los viajeros y autores románticos: la España exótica, una España que no formaba parte de la civilización del occidente europeo y que al mismo tiempo era, paradójicamente, superior, en ciertos aspectos, a esa civilización. Un país del materialismo burgués y del anglosajonismo inglés.

Todos —sobre todo Ford, que escribió una guía turística que es, además, una fuente magnífica para conocer la vida cotidiana de los años cuarenta— insisten en el profundo sentimiento de igualdad que pudieron encontrar en la sociedad española. Esta imagen se ve en los libros de George Borrow: España pobre, llena de gitanos, pero con la "masa vital" más apasionante de Europa. Esta imagen tendría una larga vida —por ejemplo, Orwell, en su *Homenaje a Cataluña*, el mejor libro escrito por un extranjero sobre la Guerra Civil, y muy utilizado por todos los historiadores anglosajones. Orwell es considerado, y seguramente se consideraba a sí mismo, como un autor realista, obsesionado por la verdad lisa y llana. No es así. Cuando discutí con Arthur Koestler un ensayo mío sobre Orwell, Koestler me dijo que Orwell era el último viajero romántico.

Lo mismo se puede decir de Brenan. He notado que los libros de los viajeros del siglo XVIII centran su atención en Andalucía, como esencia de la historia de España. También, después de su libro *El laberinto español* la visión de Brenan se centró sobre Andalucía.

España fue considerada un país excepcional, como consecuencia de este enfoque romántico y exótico, un enfoque que ha distorsionado la historiografía anglosajona.

"España es diferente", dice el slogan turístico de los sesenta. Pero lo que yo he tratado de enfatizar en mis libros es que España tenía, en un contexto especial, los mismos problemas que los otros países de Europa: la creación de un Estado moderno, la creación de una economía moderna, la incorporación de las nacionalidades periféricas. Considerado como un país excepcional, España escapa de la historia comparativa de Europa. Otra vez tengo que repetir que España tenía problemas similares a los de otros países, por ejemplo, el problema de las nacionalidades.

Recordemos el Imperio de los Habsburgos, con sus quince idiomas nacionales y un ejército en el que, para superar las dificultades lingüísticas, ciertas unidades fueron mandadas en inglés. El Reino Unido tenía un problema nacional con Irlanda, tan serio, que casi destruyó nuestro sistema parlamentario en los últimos años del siglo XIX.

La percepción de España como un país exótico desviaba la historia inglesa hacia los períodos exóticos. Hay que reconocer además que la confusión de la política española en el siglo XIX desanimó a los historiadores a la hora de emprender una empresa tan complicada. Por eso, durante el período que va desde las guerras carlistas hasta la Segunda República, no se escribió un libro serio sobre la historia contemporánea de España.

Esta falta de libros no se debe solamente a la visión exótica ni a las complicaciones del asunto; también influyó en ello el papel relativamente modesto

de España en el sistema internacional. Desde los primeros años del siglo XIX, España era considerada, dicho con las palabras utilizadas en el Congreso de Viena, como una "cours secondaire", un país sin influencia decisiva en el sistema internacional, sobre todo teniendo en cuenta que, en los últimos años del siglo, los países de Europa y los Estados Unidos entraban en la época del imperialismo, en tanto que España empezaba a perder su imperio.

Con la Segunda República y, sobre todo, con la Guerra Civil, todo esto cambió radicalmente.

Con la Guerra Civil, España llegó a ser el centro de las preocupaciones políticas de Europa: para la derecha europea, la Guerra Civil era una cruzada para preservar los valores de la civilización occidental. Para la izquierda, España era el único país donde se resistió al triunfo del fascismo en Europa. Madrid, como decíamos entonces, sería la tumba del fascismo.

Pero, como en los primeros años del siglo XIX, este nuevo interés distorsionó la historia. Hubo una polarización ideológica. Olvidamos el consejo del gran historiador alemán Ranke: debemos describir las cosas como fueron, no como hubiésemos querido que fueran. La verdad es que todos los historiadores de mi generación estuvimos marcados por nuestras preferencias políticas, por ejemplo en el caso del debate sobre el papel del comunismo y las posibilidades de una guerra revolucionaria de guerrillas.

Después de la Guerra Civil fuimos influidos por las esperanzas de los exiliados y la oposición clandestina y por nuestras propias convicciones liberales. Por eso, como historiadores, hemos subestimado la solidez social del régimen franquista, al menos hasta la crisis del régimen en 1969.

Con el franquismo puedo conectar mis dos temas: la historia escrita fuera de España y la escrita en España misma.

El franquismo fue un tiempo difícil para los historiadores, pero no debemos olvidar las contribuciones hechas durante el franquismo por historiadores como Pabón, Domínguez Ortiz, Jover, Carande, Vicens Vives y la escuela catalana que Vives creara, y José Antonio Maravall. Acabo de leer un artículo de John Elliot sobre Maravall en la *New York Review of Books*; es el homenaje de un gran historiador inglés a un gran historiador español. Pero es verdad que la historia de los siglos XIX y XX no estaba de moda. Para el Caudillo, la Historia de España moderna es la historia de una decadencia. Interrogado sobre su período preferido contestó: "La época de los Reyes Católicos y de Felipe II".

Para los historiadores, la historia del siglo XIX era un campo sembrado de minas: era mejor evitar un terreno tan peligroso y aceptar la versión de una España destruida por los partidos políticos corruptos y antipatrióticos y de la República Liberal como la antesala de una España comunista; y parecía una medida prudente concentrarse en la historia de lo que se llamó Imperio.

No niego que durante el franquismo se escribieran libros importantes sobre la historia del siglo XIX: los de Pabón, Jover, Vicens Vives, entre otros.

Pero las dificultades de los historiadores españoles supusieron una oportunidad excepcional para los historiadores anglosajones: Thomas, Payne, Jackson y otros. Podíamos llenar el vacío creado por la censura y la autocensura. Fuera de una atmósfera intelectual sofocante y libres de las molestias de la censura, nosotros podíamos escribir sobre la historia contemporánea de España con una libertad negada a nuestros colegas españoles. Pero, gracias a Dios, nuestro monopolio fortuito ha terminado. La historia de la España contemporánea está en manos de los historiadores españoles, sobre todo de los jóvenes.

Ya en los últimos años del franquismo, nuestro monopolio artificial empezaba a disminuir. Es significativo el título de un libro publicado en 1959: *Los orígenes de la España contemporánea*, de Miguel Artola. Este título contiene una crítica implícita de la historiografía oficial. Vale la pena estudiar sin prejuicios el Estado Liberal del siglo XIX, buscar los orígenes de la España actual, no en las glorias lejanas del Imperio del siglo XVI, sino en el esfuerzo —que muchas veces falló— de crear este Estado Liberal.

Después, lo que era un goteo, es ya una corriente. La concentración en la historia de los siglos XIX y XX en los últimos años ha sido espectacular, sobre todo la Historia económica, donde un grupo de investigadores jóvenes, utilizando los métodos sofisticados y matemáticos que yo no entiendo, han cambiado nuestras ideas.

No sería elegante nombrar personalidades entre la nueva oleada de historiadores españoles a quienes debe tanto mi propia obra. Quiero reconocer, por mi parte y la de los historiadores ingleses, esta deuda intelectual a nuestros colegas españoles.

Solamente quiero concluir con algunas reflexiones muy personales. Yo encuentro la Historia de España Moderna, escrita por los españoles, un poco abstracta, impersonal.

He reflexionado mucho sobre esto.

Al principio pensaba que podía ser un legado del marxismo vulgar, tan corriente en los años sesenta.

Pero ahora pienso que es algo más difícil de captar. Los españoles son considerados como un pueblo de individualistas *par excellence* y, a pesar de eso, no parece que tengan gran interés por sus propias vidas.

¿Cómo se puede explicar la casi total falta de autobiografías políticas —y autobiografías en general— en el siglo XIX? Las que existen son superficiales —Romanones, Miraflores, etcétera—. Brennan solía decir que la última autobiografía sería la de Santa Teresa de Ávila. Ahora tenemos una inundación de memorias de políticos, desde Carrillo a Fraga. La escena ha cambiado. El estilo no.

Quizás un resultado de todo esto es que existe una tendencia a subestimar el papel de los individuos en la historia. Por ejemplo, algunas veces se considera la llegada de la democracia como consecuencia inevitable de los cambios sociales durante los últimos años del franquismo. Claro que estos cambios sociales y económicos fueron una condición necesaria, pero no una condición suficiente.

Sin el "Rey como motor del cambio", según la frase de Areilza, el proceso de la transición hubiese sido mucho más complicado y difícil. Y también sin la moderación y capacidad de negociación de políticos españoles concretos. No se deben poner las estructuras encima de las personas y subestimar el accidente como factor en la historia. Esta es quizás la reflexión de un historiador ya viejo y pasado de moda...

Claro es que sin bases cuantitativas el historiador no puede funcionar. Pero la tarea más sutil del historiador es penetrar en la mente y el mundo emocional de los sujetos que estudia, conectar las estructuras y las personas. Dada la falta de testimonios personales, de memorias, esta tarea es difícil para la historia de España en el siglo XIX y tenemos que recurrir a los novelistas del siglo XIX y XX: Galdós, Clarín, Pío Baroja, Pardo Bazán y Pereda, Umbral, Delibes o Marsé. Quizá esto explique las palabras delfínicas y deprimentes de Brennan: "Raymond —me dijo— tú no puedes encontrar la verdad escribiendo historia; tienes que escribir novelas".

Majestad: Algunas veces el oficio de Reina conlleva ciertas tareas no especialmente amenas, como tener que escuchar un discurso pronunciado en un castellano execrable.

Algunas veces, señor Ministro, la prensa dice sobre su actuación política cosas que no son exactamente ciertas. Dice la prensa, por ejemplo, que usted es discípulo mío. Error. Yo tengo el honor más grato de ser su colega en el St. Antony's College y en la Universidad de Oxford.

Para concluir, tengo que agradecer de nuevo al Señor Rector el que me haya conferido el honor de invitarme a dar esta conferencia.

Y, sobre todo, gracias a todos por su asistencia.

